

LA IGLESIA Y EL CENOBIO

El cenobio existe dentro de los límites de la Iglesia, y la Iglesia existe dentro del medio de las culturas. Así como el monasterio no puede abstraerse de la Iglesia, la Iglesia no puede aislarse de las culturas. Encontramos la cultura dentro de la Iglesia, y encontramos la Iglesia dentro del monasterio. Estas tres realidades: cultura, Iglesia y cenobio están entrelazadas.

Esta conferencia se referirá con frecuencia a la cultura, pero se concentrará en la relación entre la Iglesia y el cenobio. El monasterio cristiano sólo puede ser comprendido en el contexto de la Iglesia, y aunque el monasterio no pertenece a la esencia de la Iglesia, enriquece e ilumina su misión en el mundo.

1. LA IGLESIA

a) La Iglesia ecuménica

La Iglesia en la que existe en la actualidad el cenobio es verdaderamente ecuménica; al menos en tres sentidos: la Iglesia de Jesucristo se extiende más allá de los confines de la Iglesia Católica Romana; la Iglesia de Jesucristo se ha arraigado prácticamente en todas las culturas del mundo; varias tradiciones cristianas se relacionan entre sí en lo que se llama movimiento ecuménico.

El Concilio Vaticano II viró de una posición que identificaba el Cuerpo Místico de Cristo con la Iglesia Católica a una posición que reconoce elementos eclesiales y presencia de la Iglesia en otras

* D. Jerome Theisen, abad de St. John, Collegeville, Minn. (EUA), desde 1979 fue elegido Abad Primado de la Confederación Benedictina el 19 de setiembre de 1992.

tradiciones cristianas que conservan el Evangelio, el verdadero Bautismo; la auténtica Eucaristía, etc. El fragmento clave del Concilio dice lo siguiente:

Esta Iglesia, constituida y organizada en el mundo como una sociedad, subsiste en la Iglesia Católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con ese sucesor, aunque numerosos elementos de santificación y de verdad pueden ser encontrados fuera de su estructura visible¹.

Los efectos salvíficos de la fe en Jesús como Salvador se extienden más allá de la Iglesia Católica. Lo mismo ocurre con los movimientos en favor de la paz y la justicia. Es importante constatar que valores monásticos como el silencio y la lectura sagrada se encuentran en la Iglesia ecuménica. Y más significativo aún, para nuestro estudio es el despertar del movimiento monástico en círculos protestantes (los Ortodoxos, por supuesto, nunca perdieron su amor por este movimiento).

La Iglesia de Jesucristo es ecuménica en el sentido de que es universal. Existe en el seno de culturas y pueblos de todo el mundo; no como un elemento extraño sino como parte vital de una cultura. Cuando la Iglesia participa en una cultura, influye en ella y es influenciada por ella. Cuando la Iglesia se encarna en una cultura, asume las riquezas de la misma en lo que se refiere a la música, al vocabulario, al vestido, a la imaginería, a las costumbres, etc. La Iglesia también puede verse negativamente afectada por una cultura, por ejemplo por el énfasis de esta en el individualismo o en el éxito material.

Como la Iglesia es ecuménica en el sentido de que es universal, no puede ser identificada con una nación, pueblo o cultura. Esto significa que la Iglesia no es sólo romana o italiana o americana, aunque la tradición católica romana reconoce la situación única del obispo de Roma. La Iglesia de hoy está abierta a los numerosos valores de las distintas culturas y asimila esos valores para enriquecimiento de los creyentes.

La Iglesia ecuménica, finalmente, se caracteriza por el movimiento ecuménico. Esto significa que las personas de las diferentes

1. *Lumen Gentium* 8. Ver también el n° 15 y *Unitatis Redintegratio* 3: Como comentario, ver FRANCIS J. SULLIVAN SJ, "The significance of the Vatican II Declaration that the Church of Christ subsists in the Roman Catholic Church", en *Assessment and Perspectives, Twenty-five Years After (1962-1987)*, Ed. René Latourelle, Vol. II, New York, Paulist Press, 1989; pp. 272-287.

tradiciones eclesiales se esfuerzan por entenderse, por dialogar, por cooperar unas con otras. El siglo XX ha sido testigo de pasos inspirados por el Espíritu en el encuentro de las tradiciones eclesiales, aunque algunas tradiciones cristianas aún permanecen distantes de este movimiento.

Las tradiciones cristianas se desafían unas a otras a vivir el Evangelio de Jesucristo; se dan buen ejemplo y se edifican mutuamente. A menudo una tradición particular enfatiza un aspecto del Evangelio y lo presenta a toda la comunidad cristiana, por ejemplo, el lugar del Espíritu en la oración, la importancia de la Biblia, la lucha por la paz.

Las diferentes tradiciones trabajan juntas para interpretar el Evangelio para el mundo de hoy. También aprenden a rezar juntas y van en pos de la paz y la justicia en el mundo. Por supuesto que las tradiciones cristianas también pueden defraudarse y darse unas a otras ejemplo de componendas, apoyando la guerra o atacando la vida. Las tradiciones cristianas se necesitan para la corrección y el apoyo mutuos.

b) *La Iglesia y el mundo*

El monacato a menudo ha sido descrito como una huida del mundo; de hecho, la *fuga mundi* era un tema dominante en la espiritualidad monástica hasta el Concilio Vaticano II. Pero el Concilio promovió una evaluación positiva del mundo, especialmente en su constitución *Gaudium et Spes*, instando de este modo a toda la Iglesia a una reconsideración del mismo. También los monjes tuvieron que revisar su actitud frente al mundo y a los valores humanos.

El Concilio Vaticano II se inscribía en una larga tradición que evaluaba el mundo positivamente. La Iglesia nunca condenó el mundo de la naturaleza y de los hombres como algo intrínsecamente malo y opuesto a Dios. El buen Dios se encuentra en el origen de toda la creación, que por ello no puede ser considerada como algo maligno en sí mismo. El mal existe en el mundo, sin duda, pero su origen es el fracaso demoníaco y humano.

El Concilio estimuló a la Iglesia para que enfatice una vez más un tema que se retrotrae a la persona de Jesús, un hombre de carne y de cultura humanas. *Dios amó tanto al mundo que le dio a*

su Hijo único (Jn 3,16). Dios amó y ama al mundo. A través de los siglos la Iglesia ha desarrollado el aprecio por los bienes y los valores del mundo. Consideremos cómo la Iglesia ha valorado la filosofía y la sabiduría humanas, el arte y la arquitectura, el vestido y el ritual, la ciencia y el trabajo del hombre. Siempre ha habido un aprecio por "lo humano" en los círculos de Iglesia, incluso frente a algunos cristianos que predicaban la maldad de los inventos del hombre.

Gaudium et Spes así como otros documentos del Concilio Vaticano II, se apoyaron en la tradición que considera el mundo como algo bueno. Los participantes del Concilio optaron decididamente por la bondad del mundo y subrayaron los valores de numerosas culturas humanas; sus logros intelectuales, su aspiración por la justicia y la libertad, su progreso en las ciencias de la salud, etc. El Concilio no era ingenuo en su visión sobre el mundo y la presencia del mal, pero por encima del mal exaltaba la bondad.

En la actualidad la Iglesia continúa luchando y enfrentándose tanto con el bien como con los males del mundo. Por un lado intenta aceptar los valores del amor humano, la colaboración, la comunicación, el respeto por la tierra, etc. Por el otro, la Iglesia condena los valores negativos de la violencia, la avaricia, el despilfarro, la guerra, la tiranía.

El viraje del Concilio hacia los valores positivos del mundo desafía a los monjes a que abandonen los aspectos negativos de la *fuga mundi* y a que abracen los valores positivos de éste. ¿De qué modo los monjes pueden seguir siendo proféticos en medio de la Iglesia y del mundo, y al mismo tiempo adaptar sus vidas y rituales para que se conformen mejor a los valores positivos de la comunidad humana, la familia, la libertad, etc.? Los monjes viven en medio de una cultura y se relacionan con una cultura, y por eso deben asumir una posición básica frente a ésta. ¿Cuál es esta posición básica?

c) Inculturación

Ya que ningún ser humano, ninguna institución puede existir enteramente fuera de una cultura, queda claro que la Iglesia no puede nacer ni seguir existiendo fuera de una cultura o de una gran variedad de culturas. El mismo Jesús, que se encuentra al frente de la Iglesia nació dentro de una cultura hebrea que se encontra-

ba bajo la presión de las culturas helénica y romana. Los primeros discípulos de Jesús se vieron obligados a llevar la palabra del Evangelio a diversos pueblos y culturas distintas de la hebrea; así establecieron el precedente y el modelo para toda encarnación de la Buena Noticia.

A través de los siglos la Iglesia se ha encarnado en numerosas culturas. La Buena Noticia no existe en un mundo etéreo sin contacto con la carne y la sangre de las culturas humanas. La Buena Noticia sólo puede ser percibida si se encarna en el idioma, las costumbres y la estructura mental de un pueblo. Jesús estableció el principio de la encarnación, y la Iglesia fue alentada a vivir y crecer según ese mismo principio. La Iglesia en la actualidad no puede funcionar de otro modo.

La teología de la misión, es decir, la articulación del modo en que el mensaje del Evangelio es llevado a nuevos pueblos y culturas, ha utilizado diversas expresiones para describir el proceso de la inculturación: implantación, aculturación, adaptación, indigenización, etc. Pero la palabra que más ha atraído la atención desde el Concilio Vaticano II ha sido "inculturación". Gerald Arbuckle definió la inculturación como "la interacción o el diálogo entre el Evangelio y las culturas".² Queda claro que esta definición se aplica no sólo a las tierras de misión y a los esfuerzos misioneros, sino a la transmisión del Evangelio en cualquier cultura. La interacción que se da entre el Evangelio y cualquier cultura continúa a medida que una cultura particular se desarrolla. El proceso de interacción no se detiene nunca.

El rico e importante documento del Papa Pablo VI sobre la misión *Evangelii Nuntiandi* (1975) habla del proceso de transmisión del Evangelio en categorías de "trasvasamiento":

Las Iglesias particulares profundamente amalgamadas no sólo con las personas, sino también con las aspiraciones, las riquezas y límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo que distinguen a tal o cual conjunto humano, tienen la función de asimilar lo esencial del mensaje evangélico, de trasvasarlo sin la menor

2. *Earthing the Gospel: An Inculturation Handbook for Pastoral Workers*, Maryknoll, New York, Orbis Books, 1990, p. 1. Más adelante cita la definición de M. de C. Acevedo: "Inculturación es la relación dinámica entre el mensaje cristiano y la cultura o las culturas; la inserción de la vida cristiana en una cultura; un proceso dinámico de interacción recíproca y crítica y la asimilación que se produce entre ambas". (p.17).

traición a su verdad esencial, al lenguaje que esos hombres comprenden, y de anunciarlo después en ese mismo lenguaje.

Este fragmento no usa la palabra cultura (usada antes en el documento: cf. n° 20), pero eso es precisamente lo que se quiere significar al hablar de aspiraciones, riquezas, límites, lenguaje. La esencia del evangelio se "travasa" y se traduce al lenguaje y costumbres de un pueblo: Esto es la misión y la inculturación.

d) Comunidad

A través de los siglos, los autores cristianos han usado muchos modelos e imágenes para describir la naturaleza de la Iglesia, por ejemplo: cuerpo de Cristo, rebaño, sociedad perfecta, pueblo de Dios. Un modelo que ha florecido y que sigue muy en boga es la descripción de la Iglesia como comunidad. La asamblea que se forma alrededor de Jesús resucitado es una comunidad de creyentes, un grupo de personas unidas a Cristo y unidas entre sí en una vida y un actuar comunes.

La palabra "comunidad", usada por antropólogos y sociólogos en modo amplio o restringido, implica un cierto tipo de unión y de interdependencia entre las personas. En realidad, la palabra "intimidad" sólo puede ser usada para describir algunas comunidades pequeñas, la familia o la escuela. Difícilmente puede aplicarse a grandes comunidades, a la comunidad hispana de los Estados Unidos, por ejemplo, o a la comunidad de las naciones en el orden mundial.

Aunque puede aplicarse la palabra "comunidad" a los pueblos del mundo, en general la usamos para definir grupos más pequeños, incluso grupos localmente definidos, como la comunidad de negocios de una ciudad. Comunidades de tipo local presuponen un cierto grado de proximidad y compañerismo, un sentido de cercanía y solicitud. Las comunidades locales se asocian frecuentemente con otras, reconocen valores similares y libremente apoyan causas semejantes. Todas las comunidades manifiestan un cierto grado de estructura política que gobierna la asociación de las personas y sus actividades mutuas.

El ideal de la comunidad se opone a ciertos aspectos de la experiencia norteamericana, como por ejemplo, el individualismo y el privatismo. La cultura americana, al menos en algunos de sus

rasgos, nos enseña que los intereses privados del individuo son supremos, que el crecimiento y la realización personal son los valores principales, que las creencias religiosas son esencialmente privadas. El resultado de esto es que, el ideal de comunidad se presenta como algo, contra-cultural, casi no-americano.

La Iglesia como comunidad —y pienso en primer lugar en la Iglesia local— está marcada por una estrecha relación, entre sus miembros. Los miembros de la comunidad eclesial se llaman entre sí hermanos y hermanas. Comparten una creencia común, en la presencia de Dios y en la presencia del Hijo de Dios resucitado entre ellos. Se reúnen para escuchar la palabra de Dios proclamada y explicada para ellos. Se reúnen para partir el pan y compartir el cáliz de la Eucaristía. Se reúnen para poner en práctica el mandato de la caridad, para asistir a los necesitados, sean o no miembros de su comunidad. En suma: el sentimiento en un grupo de Iglesia puede ser de proximidad, solicitud y apoyo mutuo.

Lo que he descrito es por supuesto la comunidad cristiana ideal. En toda comunidad eclesial real varía el modo de relacionarse de las personas en el grupo, a veces con calidez, a veces con frialdad y aspereza. Algunas personas se acercan al grupo temporariamente y luego parten. Otras permanecen pero son causa de fricciones por su modalidad egoísta y exigente. El hecho es que el pecado de desunión está presente en el seno de la comunidad.

La Iglesia siempre ha conocido pequeños grupos de cristianos de los que se puede decir, con razón, que han tenido éxito. En los últimos tiempos, la Iglesia latinoamericana ha enriquecido a toda la Iglesia con su promoción de las comunidades de base, grupos de cristianos en general pobres y desposeídos, que se reúnen con, o generalmente sin un ministro ordenado, para leer las Escrituras, relacionarlas con su vida diaria y ponerlas en práctica. Las comunidades de base a menudo ponen de manifiesto características ideales: proximidad, visión del mundo y creencias semejantes y apoyo mutuo.

La comunidad es uno de los modelos principales de la Iglesia, pero ¿qué cabida tiene en nuestro mundo contemporáneo? En realidad muchas personas, particularmente en los países del Primer Mundo, carecen de un sentido básico de comunidad, es decir, viven sin una relación estrecha con los demás. Muchos están absorbidos por sus objetivos individuales. Dada esta realidad, ¿de qué modo predicar el Evangelio en culturas y lugares que carecen de

un auténtico sentido de comunidad? Si la Iglesia es en primer lugar una comunidad, y el modelo dominante de una cultura es el individualismo, ¿cómo podrá ser escuchado el mensaje del Evangelio? Éste es un dilema para el misionero moderno y para la Iglesia. También es un dilema para la tradición monástica, como veremos en la sección siguiente.

Podemos consolarnos pensando que la comunidad es algo tan fundamental para la vida del hombre que algunas personas se sentirán atraídas a creer en Jesús precisamente porque su fe implica una relación estrecha entre los creyentes. Si la Iglesia está viviendo verdaderamente el modelo de comunidad, y por ello viviendo una contra-cultura, su misma existencia será un esfuerzo misionero; atraerá a las personas por su fraternidad de amor.

e) Poder y autoridad

Los cristianos saben que todas las creaturas participan del poder y de la autoridad que brota del Dios omnipresente. Jesús mismo, creador y creatura, ejerce la autoridad sobre el mundo y la Iglesia. La Sagrada Escritura, la tradición y la Iglesia ejercen la autoridad en favor de la comunidad de creyentes. Los que gobiernan la Iglesia participan de la autoridad de los discípulos, que recibieron el mandato de Jesús de llevar el Evangelio a todas las naciones. Los mismos creyentes participan del poder de la Palabra, de la vida de los sacramentos y del poder de la oración.

La pregunta no es si el poder y la autoridad están presentes o no en nuestro mundo y en la Iglesia. La pregunta es de qué modo una persona recibe poder y autoridad y cómo los usa. La Iglesia en la actualidad existe en un medio cultural en el que rara vez se considera que los que gobiernan reciben su dignidad por derecho divino. Las personas esperan participar en el modo en que los dirigentes llegan a sus cargos oficiales, y los hacen responsables de un uso racional y medido del poder y de la autoridad. Muchos cristianos traen esas mismas expectativas a su vida en la Iglesia; quieren tomar parte en el modo en que los gobernantes asumen el poder y la autoridad, y los hacen responsables por su uso justo y benéfico. El estilo de muchas culturas es una democracia participativa, estilo que tiene su repercusión en la Iglesia y en el monasterio.

Un ejemplo: en la década del '80, la Conferencia Nacional de Obispos de los Estados Unidos de América publicó dos importantes

cartas pastorales, una sobre economía y otra sobre la paz. Publicaron estas cartas después de varios anteproyectos, que fueron publicados y discutidos por personas representativas en todos los estados. El modo en que fueron publicadas éstas cartas fue consultivo, aun cuando al final los obispos las revisaron y las publicaron con su firma.

El Concilio Vaticano II promovió una cierta descentralización de la Iglesia Católica Romana. Aun cuando apoya la centralidad de la sede de Roma, permite e insta a una mayor toma de decisión a nivel local, por ejemplo en celebraciones sacramentales y conferencias episcopales. Tal movimiento de descentralización, que ha disminuido en la última década, habla de una participación más amplia en el poder y la autoridad de la Iglesia. Son más los creyentes implicados en el gobierno y ministerio de la Iglesia.

f) Ministerio en la Iglesia

San Pablo considera la Iglesia como un cuerpo de creyentes donde cada uno recibe del Espíritu Santo dones especiales y carismas en favor de todo el cuerpo. En la actualidad la Iglesia aún está caracterizada por la pluralidad de ministerios, unos ordenados, otros no. La Iglesia no es una asamblea de creyentes en la que sólo unos pocos ejercen el ministerio dentro del cuerpo y los demás reciben ese servicio: toda la Iglesia es ministerial y misionera ya que cada persona tiene dones para aportar en beneficio de toda la Iglesia. El Concilio Vaticano II y declaraciones recientes de los obispos nos han hecho más conscientes del aporte que cada creyente hace al cuerpo de los cristianos.

La colaboración es una consecuencia de la naturaleza ministerial de toda la Iglesia. Cada persona tiene un ministerio en la Iglesia, pero los ministerios necesitan ser coordinados por quienes han recibido el ministerio de gobernar. Las personas en la Iglesia trabajan juntas (co-laboran) para poner en obra las tareas de la Iglesia: liturgia, caridad, educación, etc.

Así como en muchas culturas las personas quieren tener parte en el modo como son gobernadas y en una comunidad quieren relacionarse con los demás, así también en la Iglesia las personas se preocupan por participar activamente en el servicio a la comunidad creyente y comprometerse en las tareas humanitarias asumi-

das por la comunidad local. El ministerio implica compromiso y colaboración.

g) *La Iglesia de los pobres*

Hay un sentido bíblico según el cual cada creyente es pobre, es decir, que cada creyente acude a Dios con total despojamiento y devoción, esperando recibir de Él el perdón y el amor. Pero en la actualidad, sin abandonar la idea de pobreza de espíritu, la Iglesia se está concentrando una vez más en el tema de la pobreza económica. Dirige su mirada específicamente a las muchas personas pobres y oprimidas que hay en su seno.

Las Iglesias de América Central y de América del Sur han enriquecido a toda la Iglesia con su viraje hacia los que son económicamente pobres. La Iglesia cristiana siempre se ha esforzado por preocuparse de sus pobres y necesitados (cf. *Hch* 6; *2Co* 9), pero en la actualidad un vasto número de fieles vive en condiciones de opresión y pobreza. Las Iglesias latinoamericanas se han puesto del lado de este grupo, y esto ha dado como resultado una nueva y significativa teología para nuestro tiempo: la teología de la liberación. No es éste el lugar para examinar las ventajas y desventajas de la teología de la liberación; baste decir que algunas nuevas formas de concebir el ministerio y la dirigencia han nacido de las luchas de los cristianos en América Latina. Esta experiencia nos ha urgido a reflexionar sobre la comunidad y la Iglesia de los pobres.

Las Iglesias de América Latina han optado por los pobres, han elegido solidarizarse con aquellos miembros suyos que son económicamente pobres y que están oprimidos por los grandes terratenientes, por los militares, los marxistas o por distintos gobiernos. El costo ha sido alto en lo que se refiere a martirio y opresión, pero las Iglesias latinoamericanas se han mantenido firmes y han enseñado al resto de la Iglesia Católica una característica básica de su vida: es una Iglesia de los pobres, es una Iglesia de mártires.

La opción por los pobres invita a toda la Iglesia a examinar su posición frente a las posesiones materiales: ¿Se ha vuelto la Iglesia institucional demasiado dependiente de los ricos? ¿Se ha enriquecido demasiado ella misma? ¿Qué necesita para desarrollar sus diferentes apostolados (educación, imprenta, evangelización) y qué es superfluo? ¿Qué consecuencias tiene para los religiosos, en particular para los monasterios, la opción por los pobres?

h) Mito

Así como las culturas necesitan mitos (en el sentido técnico del vocablo) para transmitir la historia de sus orígenes y destino, así también la Iglesia los necesita para promover su mensaje básico y la razón de su existencia. Ellos conllevan una verdadera sabiduría sobre los valores y actividades de la Iglesia. Si bien no deben ser tomados como algo absoluto hasta en los detalles, nos proveen de la información y de los fundamentos que sustentan las creencias y la vida diaria de los creyentes.

Ya que los mitos son cruciales en cualquier cultura, la Iglesia debería poner especial energía en protegerlos y articularlos. Esto significa que la Iglesia debe siempre volver a narrar la historia de Jesús, la agrupación de los primeros discípulos y las luchas de los cristianos a lo largo de los siglos. La muerte y resurrección de Jesús es el mito primario de los creyentes cristianos. Esta historia debe influir constantemente sobre todos los aspectos de la vida cristiana y debe ser proclamada en lenguas y simbologías siempre nuevas.

La preocupación por los mitos en la Iglesia supone un estudio científico y crítico de las Sagradas Escrituras y de los documentos históricos de la Iglesia a lo largo de los siglos. Pero esta preocupación no se detiene en los documentos históricos: está dirigida a la articulación del mito de la muerte y resurrección en cada nueva cultura y situación histórica. Es un trabajo misionero de primer orden, una inculturación del Evangelio en situaciones históricas inmensamente distintas de aquellas en las cuales los mitos fueron narrados por primera vez. En cada cultura los misioneros lo proclaman el mito de un modo siempre nuevo y atractivo, ya que el Evangelio es siempre nuevo y fructífero. ¿Cómo se narra y se actúa el mito en nuestros monasterios?

i) Vida religiosa

La vida religiosa como un modo más formal y reconocible de vivir la vida cristiana nace a fines de los siglos tercero y cuarto, aun cuando está generalmente aceptado que algunos de los primeros cristianos se entregaban a un régimen especial de oración y ascetismo. Queda claro por tanto que alguna forma de vida religiosa en el sentido más técnico y general del término, pertenece a la

vida de la Iglesia. ¿Cómo se desarrolla la vida religiosa en la actualidad?

Los religiosos están declinando numéricamente en el Primer Mundo y aumentando en el Tercer Mundo. ¿Significa esto que las futuras teologías y actividades de la vida religiosa estarán dirigidas principalmente desde los países del Tercer Mundo y por culturas distintas de la europea y de la norteamericana? No puede negarse que así como la Iglesia está, siendo afectada por las nuevas culturas en vías de desarrollo en todo el mundo, así la vida religiosa se está viendo influenciada por los esfuerzos culturales de los diversos pueblos en los que existe la Iglesia y la vida religiosa.

Será trabajo de los religiosos percibir los valores culturales de las diversas naciones del mundo y reconocerlos, para bien de la Iglesia y de sus mios. Los religiosos son profesionales, al menos en el sentido de que están entregados a Jesús y a su Evangelio por medio de votos especiales. Están totalmente dedicados al mensaje y a su articulación en el aquí y ahora. Es tarea suya ser particularmente sensibles al Evangelio y a los modos en los cuales los aspectos del Evangelio son vividos en las nuevas situaciones culturales. La inculturación debería ser un trabajo diario para los religiosos. ¿Y con respecto a nuestros monasterios?

j) La Iglesia Católica Romana en los Estados Unidos de América

Quiero cerrar la primera parte de mi conferencia con un esbozo de la Iglesia católica en los Estados Unidos. Elijo esta Iglesia por la razón obvia de que mi vida está más ligada a ella que a la Iglesia latinoamericana o a la Iglesia de Japón, etc. Difícilmente pueda hacer justicia a la complejidad de la Iglesia de los Estados Unidos, pero quisiera citar algunas de sus características, especialmente las que se relacionan con la vida monástica.

Los católicos de los Estados Unidos pueden sentirse orgullosos de sus colegios, hospitales e iglesias. En los dos últimos siglos los han construido a respetado y amplio nivel, a menudo enfrentándose con dificultades económicas y sociales extremas. Las religiosas, a menudo, han sido pioneras en el ámbito de la salud; a menudo, los católicos han construido colegios para salvaguardar la tradición de valores cristianos y católicos. Pero la Iglesia ha llegado a una etapa nueva. El cuidado de la salud es muy complejo y son pocos

los religiosos que desearán entregarse a este trabajo. La educación se está volviendo costosa y hay menor cantidad de sacerdotes y religiosos disponibles para este apostolado. Se continúan edificando iglesias, especialmente en áreas suburbanas, pero se abandonan viejos edificios en el centro de las ciudades, para disgusto de aquéllos cuyas familias apoyaron su edificación.

Son relativamente numerosos los católicos americanos que van a misa los domingos, no tanto como antes del Concilio Vaticano II, pero siempre en mayor número que los protestantes. El católico laico americano tiene una buena formación y a menudo está ansioso por ponerse al servicio de la Iglesia, no sólo con su ayuda financiera, sino entregando su tiempo y talento (enseñando, ayudando a los pobres, visitando a los enfermos, etc.).

Como el número de sacerdotes y religiosos disminuye y el número de católicos aumenta, los laicos son cada vez más activos en el movimiento básico de parroquias y colegios. Cada vez hay más personas que trabajan para la Iglesia en forma remunerada o que se ofrecen como voluntarias para diversos ministerios.

La Iglesia norteamericana no conoció el anticlericalismo que existió en Europa y en algunos países latinoamericanos. Los obispos y sacerdotes son generalmente bien considerados, pero también están sobrecargados de trabajo. El número de seminarios y seminaristas ha disminuido más de la mitad desde el Concilio Vaticano II. Existe una verdadera crisis sacerdotal a la cual la Iglesia oficial no ha respondido de manera convincente.

Los católicos están representados en todos los estamentos de la sociedad: presidencia, congreso, negocios, educación, sistema judicial, etc. Algunos católicos son acaudalados; la mayoría pertenece a la clase media y están ascendiendo. Una significativa porción de los católicos se encuentra en la actualidad entre los hispanos. Forman un amplio grupo de inmigración, pero no están recibiendo la atención y los servicios ministeriales que necesitan. El resultado de esto es que muchos grupos fundamentalistas están entrando en la población hispana.

El reciente Sínodo romano sobre los seminarios (1990) sacó un documento preparatorio sobre el estado de la Iglesia y de los seminarios en la Iglesia norteamericana. Un párrafo resume algunos de los puntos que he señalado y agrega algunos otros:

Las respuestas (al cuestionario preparatorio) también han mencionado una amplia variedad de cualidades positivas y negativas de la Iglesia Católica de los Estados Unidos en su interacción con la cultura: en lo positivo, el legado de colegios y universidades católicas, hospitales y servicios sanitarios, un laicado formado y activo; respeto hacia los sacerdotes, el prestigio de los obispos católicos como una voz moral, etc. En lo negativo, una respuesta inadecuada al papel de la mujer en la Iglesia; carencia de apoyo familiar para las vocaciones; atracción de los homosexuales a una vocación totalmente masculina; clericalismo; los incidentes de pederastia en los últimos años y la consiguiente atención que han atraído, etc.³

¿De qué modo la cultura y la Iglesia de los Estados Unidos promueven u obstaculizan la vida monástica? ¿Cuáles son los desafíos de la vida monástica en este ambiente? Éstas son algunas de las preguntas a las que intentaremos responder en la próxima sección.

2. EL CENOBIO

¿Establece el monasterio alguna diferencia en la fe y en la cultura de las personas de un área determinada? Presuponemos que sí, especialmente en lo que se refiere a la fe. Pero un autor señala (¿con acierto?) la falta de fe de las personas que viven alrededor de algunas de las venerables abadías de Francia.

Es sorprendente observar que en Francia, algunas de las regiones más desecristianizadas se encuentran en la vecindad de grandes y antiguas abadías benedictinas como Cluny. La historia de los benedictinos, desde San Benito y pasando por San Bernardo y el abad De Rancé, hasta Bernard Besret, puede ser considerada como la historia de continuas desviaciones y reformas⁴.

Deberíamos señalar, sin embargo, que Taizé, un moderno monasterio con un significativo impacto sobre los jóvenes, florece a la sombra de Cluny.

3. Sínodo sobre la formación sacerdotal, Lineamientos, 1990. Sumario de las respuestas entregadas al 25/10/1989, pp. 2-3.

4. BERNARD-ANTOINE JOINET, "Integrating the Mission Societies into the Local Church", en *Mission in Dialogue*, Ed. Mary Motte, F.M.M., y Joseph R. Lang, M.M. (Maryknoll, New York, Orbis Books, 1982), p.265.

a) Monasterio y cultura

Desde el principio la vida monástica se apartó, en cierta medida, de la cultura dominante y de la Iglesia, pero no pudo aislarse de ellas. El monasterio, dondequiera que exista, debe estar rodeado de una cultura y debe permanecer relacionado con la Iglesia. O para ser más exactos, el monasterio participa de la cultura que lo rodea y vive en el seno de la Iglesia. Entrar a un monasterio no implica dejar una cultura o dejar la Iglesia. El novicio trae la cultura y la Iglesia al monasterio, y el monje continúa viviendo aspectos culturales y eclesiales de la región.

La relación entre monasterio y cultura, por lo tanto, es de magnitud. ¿Qué valores culturales deben ser incorporados al monasterio y qué aspectos de la cultura circundante deberían ser erradicados o minimizados? Los monjes han tenido la oportunidad de cultivar muchos aspectos de la cultura, y al mismo tiempo, de eliminar aspectos destructivos. Lo que queda claro es que ninguna cultura es tan pobre como para que un monasterio no pueda aceptar ninguno de sus valores, y ninguna cultura es tan rica como para que el monasterio pueda sencillamente aceptar toda la gama de sus características. Es un asunto de discernimiento y selección.

Los monjes están obligados a cultivar sus vidas de acuerdo a algún modelo. No pueden convertirse en personas "incultas": es decir que no pueden abstraerse de la cultura dominante. La vida monástica está marcada hasta un cierto punto por una huida del *saeculum*, y esto a menudo es percibido como una huida de la cultura circundante. Pero los candidatos a menudo traen gran parte de la cultura con ellos. Más aún, el progreso de su vida monástica no se mide ni se mide por su grado de desprendimiento de la cultura circundante.

Lo mismo ocurre con la Iglesia local. Los candidatos no dejan la Iglesia, aunque dejen algunos aspectos de ella. Dejan la Iglesia para permitir que algunos de sus aspectos prosperen, por ejemplo, la búsqueda de Dios en la reflexión y la oración. El progreso en la vida monástica no se mide por la distancia que los monjes crean entre sus vidas en el monasterio y la Iglesia de Jesucristo. Su progreso se mide por su grado de incorporación al corazón de la Iglesia.

El monasterio, en la actualidad acepta muchas de las formas en que la cultura circundante maneja la vida humana. Acepta su

idioma y en gran parte su variedad y estilo de alimentación. Acepta su manera de cuidar a los enfermos (visitas al médico, al dentista, hospitales, etc.), acepta el sistema monetario de la región (dinero, bancos, etc.), acepta el material del lugar para la construcción de edificios. En un aspecto acepta también el diseño arquitectónico de la región. Utiliza los medios de transporte locales (automóviles, aviones).

La comunidad monástica puede desear distanciarse de la cultura local en lo que se refiere al trabajo, mostrando la importancia del ocio, del descanso, de la lectura y de la oración. Puede querer dar testimonio de la no necesidad de fumar o del valor de comer comida sana (menos carne, más cereales, frutas y verduras). Puede querer usar otro tipo de vestimenta, por causa de la pobreza y como signo de vida religiosa⁵.

Al establecer un monasterio en una zona determinada, no se destruye la cultura, pero se hace un juicio sobre sus diversos aspectos; algunos pueden ser mantenidos; otros deben ser rechazados.

b) Comunidad monástica

La comunidad pone de manifiesto aspectos esenciales de la cultura y de la Iglesia; también define las características básicas del monasterio. Pero ¿qué clase de comunidad es el monasterio? En algunos aspectos funciona como otras comunidades de la sociedad; en muchos otros funciona como la Iglesia local. Pero también evidencia una diferencia tanto de la cultura local como de la Iglesia.

El monasterio se diferencia de la cultura y de la Iglesia aun cuando existe en el seno de ambas. Se diferencia de ellas de muchas maneras. Citaré algunas. El monasterio da testimonio de la condición peregrinante de la vida humana y eclesial; todo ser hu-

5. Al ejemplificar la sustitución funcional como método pastoral de la actividad misionera, el P. Gerald Arbuckle cita una carta del Papa Gregorio Magno al Abad Melito, a quien el P. Arbuckle identifica como "un misionero compañero de San Agustín de Canterbury". El Papa Gregorio escribe al Abad Melito: "Dile a Agustín que no destruya los templos de los dioses, sino sólo los ídolos que allí se encuentren. Dile... que levante altares y coloque reliquias de los santos (en esos mismos templos)... La gente verá que sus lugares de culto no han sido destruidos y entonces se sentirán más inclinados a renunciar a su error y a reconocer y adorar al verdadero Dios, ya que los lugares a los que irán les serán familiares y muy valorados" *Earthing the Gospel*, p.11.

mano está en transición; todos somos peregrinos. El monasterio pone de manifiesto la naturaleza transitoria de la vida humana y eclesial para que sea claramente vista por todos.

El monasterio también pone de manifiesto el aspecto de comunión que posee la comunidad. Mientras que la sociedad y la Iglesia local están marcadas por características de solidaridad, el monasterio proclama claramente la unidad de los monjes. Ya no cuentan las relaciones familiares, el status económico, los títulos honoríficos. Lo que cuenta es la totalidad de una comunidad, la solidaridad de una familia.

La sociedad y la Iglesia viven de ritos. Pero una vida de ritos se origina en gran parte en la imagen de un monasterio. Los monjes ritualizan sus vidas sea en la oración comunitaria en la capilla, sea en la oración antes de las comidas, en el humilde acercamiento al otro o en el comentario oportuno en las reuniones comunitarias, en la procesión hacia la Iglesia o en el silencio en los corredores. La vida humana se caracteriza por el rito y los monjes sobresalen en su práctica.

Las comunidades civiles y eclesiales aprecian la paz y la armonía, aun cuando éstas sean siempre esquivas y se logren de modo limitado. La comunidad monástica existe para permitir a los monjes buscar la paz. Buscan la paz con Dios, con sus hermanos monjes, con los cristianos y con todos los hombres, con la tierra, con su propia alma. Aunque el monasterio está concebido para la paz y aunque muchos monjes la alcanzan sólo en parte, la comunidad monástica existe para dar testimonio con su palabra y su estilo de vida de la dimensión de paz que debería caracterizar toda la vida humana y eclesial.

Vemos por tanto, que el monasterio como comunidad, participa del modelo comunitario de la sociedad y de la Iglesia, ya que muestra una asociación de miembros que entran en relación a nivel local, que están estrechamente relacionados entre sí, que comparten momentos íntimos de oración y reflexión. El monasterio participa del modelo de la comunidad y sin embargo lo vive a su modo.

Como comunidad, el monasterio reúne a cristianos que comparten una visión semejante tanto del mundo como del Dios trascendente. Los monjes se entregan a Dios, pero también unos a otros. Se sirven unos a otros, sostienen la vida común con su trabajo y

su presencia, cuidan de los enfermos y de los moribundos, se forman entre sí en el modo de vida monástico. Por supuesto que existe una dimensión de pecado que atraviesa toda la comunidad monástica; consiguientemente, la atención de cada monje a los demás y a la vida común a menudo está marcada por imperfecciones y fracasos. Sin embargo, como comunidad de creyentes, los monjes se preocupan por fortalecer la vida comunitaria y por ayudarse mutuamente para lograr las metas de la vida monástica: amor a Dios en humildad y servicio.

c) *Mitos del monacato*

¿Cuáles son los mitos que explican y sustentan al monacato? Los candidatos que entran al cenobio se sumergen en la tradición del monasterio, que incluye los mitos que narran su historia. Estos, que generalmente están contenidos en historias de los monjes del pasado y del presente, atraen a las personas a la vida monástica y alientan a los monjes a continuar en el cenobio.

Un mito central en la empresa monástica es el de una vida común armoniosa. Los cenobitas ven en la Iglesia de Jerusalén el modelo de la vida común en donde todos los bienes eran comunes y la comunidad estaba unida en la oración y la alabanza (Hch 2 y 4). Este mito continúa en el monacato actual y sustenta la vida en el cenobio. Define lo que los monjes deberían ser, es decir, un cuerpo armonioso de creyentes en el seno de la Iglesia. Por supuesto hay aspectos que no son ni fueron reales. Los miembros del grupo son pecadores y limitados y están centrados sobre sí mismos. De ahí que una realización plena y actual de este ideal es imposible. Pero continúa en pie porque es verdadero y proporciona autodefinition y dirección a los que viven en el cenobio.

Otro mito que sustenta al cenobio es la idea de que el monje no está contaminado por el mundo. El monje se compromete en una fuga mundi con el fin de centrarse únicamente en Dios y en la corrección del propio yo. Las historias de los padres y madres del desierto presentan coloridas descripciones de este mito; historias que continúan siendo leídas y narradas en la actualidad para sustentarlo, incluso cuando es bastante evidente que el monje del cenobio actual no puede seguir el régimen de la vida del desierto. Estar incontaminado por el mundo, huir del mundo, explica a los

monjes del cenobio por qué se han reunido en un lugar particular, en una comunidad particular.

HáY otro mito que sustenta el cenobio: el del combate solitario. El monje es una unidad; una persona sola, un célibe, aún cuando vive en comunidad. El monje entra en el cenobio para luchar con los demonios interiores y exteriores. Muchas de las historias de los monjes, especialmente los del desierto, confirman este mito. La vida monástica es una batalla y quien la emprende debe estar preparado para una lucha constante.

Otro mito aparece en las historias de monjes que, solos o en coro, cantan sin cesar las alabanzas de Dios. Los cristianos se reúnen en un cenobio para comprometerse en una *laus perennis* (alabanza constante). El cenobio provee el medio en donde el monje puede estar siempre centrado en Dios y pasar sus días en oración y alabanza. El mito es verdadero y sustenta a los miembros del cenobio, aun cuando los monjes a menudo se encuentran distraídos por el trabajo y por las molestias de la vida común.

El mito de la santidad proclama que los monjes son santos y viven una vida santa. Tal mito capta la imaginación de muchas personas fuera del monasterio y al mismo tiempo alienta a muchos en el cenobio. Las historias de monjes del pasado incluyen el mito de que se viene al monasterio para ser santo. Por supuesto el mito es verdadero y ha marcado el camino de muchos monjes a lo largo de los siglos; pero el hecho es que los monjes no son necesariamente más santos que otros miembros de la Iglesia, y los individuos en la comunidad monástica pueden estar muy lejos de la santidad.

d) Descentralización

El Concilio Vaticano II hizo hincapié en la descentralización y en la Iglesia local. Los monasterios han representado tradicionalmente la imagen de una Iglesia descentralizada porque son instituciones locales, fundadas en el seno de una Iglesia local, que se apoyan en los beneficios de ésta.

La Regla de San Benito prefiere la palabra *congregatio* para describir el monasterio. *Congregatio*, por supuesto, significa reba-

ño, aunque la palabra a menudo es traducida como comunidad⁶. Este modo de vida es un modo de ser local, ya que el monasterio se liga a un lugar y se relaciona con la gente del mismo. Los monjes son personas del lugar y sus monasterios son los monasterios de las personas.

Aun cuando los monasterios benedictinos tienen un abad primado en Roma que los representa ante la Santa Sede (fenómeno relativamente reciente); son esencialmente unidades locales, instituciones de la Iglesia local. Mucho antes del Concilio Vaticano II, mostraban la rica variedad de la Iglesia tal como existe en unidades locales en todo el mundo. Los monasterios se glorían de su autonomía local. Manifiestan a toda la Iglesia lo que es posible si a las unidades locales se les permite elegir el modo de encarnar una tradición en un momento y lugar determinados. Su existencia es un testimonio profético para toda la Iglesia; indica que es bueno ceder toda la descentralización y autonomía posibles en favor del Evangelio. Los que están en un lugar particular suelen estar más capacitados que los de afuera para percibir la cultura dominante y para utilizarla, al establecer el monasterio como una comunidad local en el seno de un pueblo y una cultura particular.

e) Ministerios múltiples

La historia de la Iglesia en las últimas dos décadas ha vuelto a dar identidad a los carismas y ministerios en la Iglesia local. El cenobio manifiesta una preocupación similar por los dones y servicios. La Regla de San Benito considera la vida monástica como un servicio al Señor, servicio que incluye un horario de oración, lectura y trabajo manual. Pero San Benito también quiere que los monjes sirvan en la cocina y en la mesa. Quiere que sirvan a los enfermos y a los ancianos de la comunidad. Quiere que sirvan a los huéspedes que vienen al monasterio para descansar, rezar y en busca de una renovación espiritual.

San Benito permite que los monjes ejerzan sus oficios, pero siempre que no se engrían por ello: Venden el fruto de su trabajo para mantenerse y para socorrer a los pobres. Benito espera que los monjes, o al menos algunos de ellos, estén disponibles para el consejo espiritual y el ministerio del consuelo.

6. Ver, por ejemplo, RB 1980. *The Rule of Benedict. In Latin and English with Notes*, Ed. Timothy Fry; osb et alii, Collegeville, MN, The Liturgical Press, 1981.

Los monjes ejercen sus ministerios en conformidad con la inspiración del Espíritu Santo y en dependencia de la cultura local. El modo como se sirven entre sí a través de la comida, el cuidado de la salud y los oficios, depende de lo que han aprendido de la gente del lugar. Aprenden de la cultura (lengua, enseñanza, imprenta), pero lo devuelven como servicio a la comunidad cuando se convierten en maestros, artesanos, escritores, predicadores y guías espirituales. Precisamente porque los monjes han aprendido de la Iglesia local y de la cultura local pueden, a cambio de esto, ofrecerle su ministerio.

En la actualidad los monjes se encuentran frente al desafío de llevar adelante la difícil tarea elegida y establecida por sus predecesores en el monasterio. Estos a menudo fundaron y atendieron colegios, parroquias, imprentas, misiones. En la actualidad, pocos monjes se ven obligados a mantener demasiado trabajo. Son ministerios, pero a menudo superan las energías de los monjes de la actualidad. A menudo se encuentran en una situación desequilibrada, con la mayor parte de su tiempo consagrada a diversos ministerios y demasiado poco tiempo para la vida regular en el monasterio.

El exceso de trabajo de muchos monjes refleja la situación de numerosas culturas y específicamente la de los E.U.A. La cultura americana valora el trabajo, define la persona en función del trabajo, recompensa el trabajo duro y empeñoso. Los monjes norteamericanos siguen este enfoque del trabajo sobre todo porque provienen de una cultura que les enseña a valorarlo, pero también porque sus predecesores han comprometido al monasterio en una gran cantidad de trabajo. Y precisamente en este momento los monjes necesitan recuperar un equilibrio dentro de su propia tradición monástica. También pueden enseñar a la cultura que es beneficioso perder tiempo en la oración o la lectura, que el trabajo no es la actividad más importante de la vida, que se debería tener tiempo para la contemplación y la oración.

Queda claro, por lo tanto, que el monasterio es como la Iglesia local en cuanto una comunidad de personas que se sirven entre sí con sus dones y ministerios. El servicio a los demás siempre comienza con los que están a nuestro alrededor, no especialmente con los que están al otro lado del mundo. Benito espera que cada monje trabaje y sirva en la medida en que su talento y energía se lo permita.

f) Movimientos de liberación

He señalado ya que la eclesiología actual se ha visto enriquecida por la opción por los pobres y por otros movimientos de liberación. También he señalado las características de libertad que se encuentran en muchas de nuestras culturas modernas: libertad de reunirse, libertad para elegir los propios gobernantes, libertad de acción, etc. ¿Qué efectos tienen estos movimientos de liberación sobre el cenobio?

No debería sorprendernos que desde el Concilio Vaticano II muchos de nuestros monasterios han experimentado cambios que pueden ser considerados como movimientos de liberación menores. Por supuesto esto no fue necesario con respecto a la elección abacial. A diferencia de la moderna práctica que la Iglesia Romana tiene en la elección de sus obispos, los monjes tradicionalmente han elegido a sus abades. Continuando con esta práctica, pueden recordar a la Iglesia una práctica más antigua en lo que respecta a la elección episcopal.

En su mayor parte la tensión entre monjes ordenados y monjes no ordenados en los monasterios masculinos, se ha reducido considerablemente. La mayor parte de los monasterios enfatizan una vez más la vocación básica a la vida monástica, con o sin ordenación. Todos los cargos, excepto los de abad y prior, están abiertos a monjes ordenados y no ordenados. Los monasterios tienen una vez más la libertad de ser una sola comunidad de monjes y no una comunidad con ciudadanos de primera y de segunda.

Desde el Concilio Vaticano II muchos monasterios han sido testigos de la remoción de algunas regulaciones menores, por ejemplo la exigencia de usar hábito continuamente, incluso para hacer deportes; la satisfacción pública por equivocaciones en el coro, etc. Muchos monasterios conservan el canto gregoriano, pero muchos monjes se alegran de tener la libertad para usar su propio idioma en la oración y utilizar muchos de los tesoros musicales de la cultura local.

Se ha adaptado el horario para que haya períodos más largos entre las horas del Oficio, especialmente durante el día. Además la duración de los Oficios se ha abreviado, con respecto a la longitud presentada por la Regla de San Benito. El horario en la actualidad concede mayor tiempo para la lectio y la oración personal, y por supuesto para el trabajo.

Los monjes de la actualidad tienen mayor libertad para viajar, sobre todo porque los viajes se han facilitado gracias a los nuevos medios de transporte. Parecen tener más posesiones que los de antaño, sobre todo a causa de los instrumentos de trabajo necesarios para la enseñanza, las tareas pastorales, los trabajos agrícolas, etc; parecen también frecuentar una mayor variedad de colegios que en el pasado, ya que antes, en general, solo se trataba de colegios religiosos y católicos, mientras que en la actualidad pueden elegir de entre un gran número de colegios seculares y religiosos para su trabajo de enseñanza, evangelización, tallado de madera, etc.

El trabajo está más diversificado que en el pasado. Los monjes están generalmente más libres para entregarse a una gran variedad de tareas, mientras que en el pasado estaban obligados a prepararse para trabajar en tareas agrícolas o para enseñar en el colegio del monasterio. El claustro es otra área que ha cambiado. El estricto claustro del pasado ha dado lugar a un claustro más abierto, de modo que los huéspedes, hombres y mujeres, ocasionalmente son invitados a comer con los monjes. Mientras que el hábito monástico aun es norma en los monasterios, muchos monjes se sienten libres para usar otro tipo de vestimenta en determinadas situaciones o ministerios.

No todos consideran que estos cambios son una liberación, pero de hecho muchos monjes los consideran más de acuerdo con un servicio libre a Dios en el monasterio; como una liberación de las excesivas normas del pasado que no se adecuan al espíritu moderno o al Evangelio. Tal vez ha sido la cultura la que señaló las incongruencias de algunas de las normas del pasado. Nuestras culturas habitualmente valoran la libertad personal y miran con desconfianza cualquier cosa que pueda restringirla innecesariamente.

Dios está en el centro de los movimientos de liberación. Dios, sin duda está junto a los pobres y apoya a los obispos latinoamericanos que han optado por los pobres. Nuestro Dios es un Dios de libertad, libertad del pecado y libertad de la necesidad. No parece presuntuoso decir que Dios es experimentado en la libertad; y que la libertad que experimentamos en nuestra vida monástica puede ser el lugar de nuestra experiencia de Dios.

g) Gobierno

La Iglesia considera la función de gobernar como un don del Espíritu y como un servicio a los creyentes. El gobierno no se considera como una puerta para privilegios especiales y honores, aunque de hecho los que gobiernan a menudo los reciben. La Iglesia rechazaría instintivamente a alguien que buscara gobernar por causa de la fama, el honor y los privilegios que esto concede. La Iglesia considera el gobierno como una obligación y un servicio.

El gobierno monástico se evalúa del mismo modo: una obligación y un peso que tienen sus privilegios. Benito amonesta al abad para que considere el peso y el servicio de su abadiato, especialmente porque representa a Cristo para los monjes.

Muchas culturas, en especial la cultura americana, ayuda a los monjes en su visión del oficio del abad. Los monjes que provienen de sociedades democráticas esperan elegir su superior. También esperan encontrar un abad o un prior que no se engría, que no permanezca distante de la comunidad (recordemos la casa del abad medieval), que no use su oficio para obtener toda clase de privilegios. Esperan encontrar superiores que estén entre ellos como servidores, que estén disponibles para servir, que enseñen con su modo de vivir y de hablar. Una sana teología del gobierno y una cultura con características democráticas ayudará a los monjes en su visión del gobierno monástico. Podemos esperar que el monasterio con su visión del gobierno como servicio, pueda dar testimonio ante la sociedad.

h) Sencillez de vida

Uno de los grandes males de los tiempos modernos es la brecha que existe entre naciones ricas y naciones pobres, entre personas ricas y pobres. Es sorprendente saber que la tierra puede alimentar y cobijar a todos los hombres, pero esto no ocurre por razones políticas, económicas e incluso religiosas. Los monasterios en la actualidad no pueden evadirse de estas condiciones económicas del mundo.

Las Iglesias de América Latina nos están enseñando a todos a optar por los pobres, a permanecer con los pobres, a ayudar a los pobres. Los monasterios en esa región del mundo tienen una

misión especial y también problemas únicos. ¿Cómo pueden los monjes de esos monasterios vivir la vida monástica sin quedar en un nivel económico superior al de la gente común?

¿Qué nivel económico debería alcanzar el monasterio? ¿Debería ser el de la gente más pobre de los alrededores? ¿Debería ser el del nivel general de bienestar de la gente que vive en la región? ¿Qué necesitan los monjes para su servicio a los demás en la zona (por ejemplo, libros, herramientas, edificios)?

La cuestión de la pobreza y de la comunión de bienes siempre ha pesado en el monacato. ¿Cuán ricos deberían llegar a ser los monjes? ¿O cuán pobremente deberían vivir? La cultura de la zona que rodea el monasterio debería dar una clave para descubrir el nivel de sencillez y pobreza. Los monjes esperan que un monasterio ubicado en una cultura particular refleje en cierta medida el nivel económico del lugar, por ejemplo en lo que se refiere al sistema sanitario, a la alimentación, a los medios de transporte. Pero si esto es así, ¿dónde está el valor de testimonio del monasterio? ¿No se encuentra más bien en el uso común de los bienes? ¿No se encuentra en poseer sólo lo necesario para su vida monástica y para los apostolados del monasterio (por ejemplo, una hospedería bien equipada)? ¿No es la necesidad de sencillez y de un uso simple de los bienes lo que estará de acuerdo con los parámetros monásticos y al mismo tiempo lo que dará testimonio ante la sociedad?

La Iglesia nos enseña a optar por los pobres. La cultura puede ayudar a los monjes a determinar la medida de los bienes que deben usar. Al mismo tiempo los monasterios pueden dar testimonio de la necesidad de compartir los bienes, de considerarlos comunes, de usarlos con economía y con sentido ecológico.

i) Ateridad del monasterio

Hasta ahora hemos visto que los monjes no se aíslan de la Iglesia ni de la cultura y, sin embargo, los consideramos diferentes de ambas. Si los monjes se incorporan a la Iglesia y a la cultura, no son observados; no son distintos de los demás; no marcan ninguna diferencia.

La clave para comprender al monasterio en la Iglesia y en la cultura parece ser la noción de "diferencia" e incluso de "aliena-

ción". El P. David Tracy describe esta situación de diferencia en su artículo "On Naming the Present":

Para los posmodernos la esperanza del presente se encuentra en realidad en su alteridad y diferencia; la alteridad que existe en los grupos marginales de la modernidad y de la tradición: los místicos, los disidentes, los artistas de vanguardia; los locos, los histéricos⁷.

Los monjes ¿son grupos marginales que representan la alteridad y la diferencia? Se podrían dar argumentos a favor de esta postura.

Los monjes no huyen de la Iglesia como si todo fuera malo en ella, aunque la Iglesia tiene su parte de pecado; los monjes no huyen de la cultura dominante como si todo fuera malo en ella, aunque la cultura tiene su parte de mal. Los monjes llevan consigo al monasterio los rasgos buenos y malos de la Iglesia y de la cultura, los rasgos buenos y malos de sus vidas personales.

Los monjes van al monasterio para manifestar una diferencia explícita. Por medio de su partida explícita, ponen de manifiesto lo que encuentran de bueno en la Iglesia y en la cultura: atención a lo trascendente, sentido de comunidad, comunión de bienes, sencillez de vida, opción por los pobres, estabilidad de vida, celibato, alabanza a Dios. Estos valores no faltan enteramente en la Iglesia o en la cultura, pero a menudo no se viven ni se destacan. Los monjes viven en la alteridad y la diferencia porque intentan (aunque lo logran sólo parcialmente) que estos valores sobresalgan.

Por un lado los monjes se ven a sí mismos en continuidad con la Iglesia y la cultura; por otro lado se ven en discontinuidad, distintos de los demás. Viven en el límite de la Iglesia y de la sociedad y a la vez en el centro de ambas. Cuando se hacen monjes entran en un mundo distinto, pero un mundo que se estima sólo porque sus valores ya están presentes en la Iglesia y en la cultura.

Finalmente los monjes representan la alienación que todos los hombres sienten en algún momento, en la Iglesia y en la sociedad, en la comunidad humana y en la cultura. Los hombres nunca se sienten totalmente en casa; y si lo sienten, no es por mucho tiempo.

7. *On the Threshold of the Third Millennium*, Edición especial de *Concilium*, Ed. por la Fundación 1990/1, Londres, SCM Press, 1990, pp. 66-67.

po. Los monjes representan la diferencia y la alienación de la vida humana.

En la actualidad, nuestros monasterios ¿abren el camino en esta actividad misionera de la diferencia o lo obstruyen? ¿Son de vanguardia o son retrógrados? ¿Qué diferencia establecen?

Badia Primaziale S. Anselmo
Piazza dei Cavalieri di Malta, 5
00153 Roma
Italia

Traducción: Trinidad Iribarne, o.s.b.
Abadía Gaudium Mariae